

Selecciones

del Reader's Digest

**Coma bien,
adelgace y
síntase de
maravilla**

PÁGINA 135

**Se esclarece
otro
misterio de
los mayas**

PÁGINA 79

Conquisté el Aconcagua	41
Simios solícitos	48
Cómo escribir una carta entrañable	54
Margaret Thatcher, reconstructora de Inglaterra	59
¡Llegaron los superconductores!	65
Un ciervo, un cazador y el destino	71
Vivir sin barreras	76
Se esclarece otro misterio de los mayas	79
El pasamanos	85
Triste realidad de la asistencia médica soviética	91
Final de jornada	97
Rescate en plena calma	104
Presencia milenaria del olivo	111
¿Qué sabe usted de los presidentes mexicanos?	115
Joyas artísticas que nos legó una gran mujer	120
Luces de Broadway	129
Coma bien, adelgace y síntase de maravilla	135

Noticias del mundo de la medicina, 7; Hagamos crecer el amor, 33; Enriquezca su vocabulario, 57; Citas citables, 75; Comedia estudiantil, 89; La risa, remedio infalible, 103; Gajes del oficio, 119

GRAN REPORTAJE



Infierno en el hotel: PÁGINA 145
la tragedia del Dupont Plaza

Todo empezó con una llamita: una especie de travestura de algunos empleados del hotel, que, al parecer, jamás imaginaron el infierno en que aquello se convertiría.

La revista más leída del mundo. 48° año de publicación en español. Más de 28 millones de ejemplares vendidos mensualmente en 15 idiomas.

temprana, me subiría a más carruajes, correría más riesgos y comería más helados".

5. *Comprométase con algo más grande que usted mismo.* No creo que llegue a ser feliz nadie que decida vivir sólo para sí mismo. Escoja un objetivo más grande que

usted, y esfuércese en llegar a él con una mentalidad tendiente a la excelencia. Ese ideal se irá convirtiendo en parte de su persona a medida que vaya usted alcanzando sus metas. No mida el éxito por lo que haya logrado, sino por lo que podría realizar.

© 1986 POR BARBARA HATCHER, CONDENSADO DE "VITAL SPEECHES OF THE DAY" (11-111-1987), DE MOUNT PLEASANT, CAROLINA DEL SUR.



Incidentes turísticos

CIERTA VEZ, cuando estaba con un amigo de vacaciones en Tánger, Marruecos, fuimos a un café al aire libre. Pronto sentí que alguien estaba de pie junto a mí. Ya nos habían advertido sobre los limosneros, y nos habían aconsejado que no les hiciéramos caso, pero el tipo no se iba. En determinado momento nos hizo una reverencia, muy sonriente, y me fijé en que tenía un diente de oro y llevaba un fez muy sucio. De pronto se me acercó un señor y me susurró: "Oiga, este hombre es el mesero y espera su orden". —M.M.

CUANDO visité Leningrado me impresionó la limpieza de las estatuas en los parques públicos. A pesar de que había cientos de palomas, no se notaba su "huella" en ninguno de esos monumentos. Se lo comenté a mi guía:

—¡Qué maravilla! —exclamé—. Todos están muy limpios: el camarada Lenin, el poeta Pushkin, Pedro el Grande...

—Madame —replicó el guía—, el Gobierno prohíbe maltratar los monumentos históricos. Nuestras palomas están al tanto de las sanciones correspondientes. —C.B.

Orgullo paterno

UN LOCUAZ caballero que iba sentado a mi lado durante un largo viaje en autobús empezó a hablar de sí mismo y de su familia:

—Tengo tres hijos, todos intelectuales. Uno es profesor, otro abogado, y el más joven, director de un periódico.

—¿Y usted a qué se dedica? —le pregunté, por cortesía.

—Bueno... yo tengo una tienda de abarrotes —me contestó—. No es un negocio próspero, pero gano lo suficiente para mantener a mis tres hijos y a sus familias. —S.S.C.

Se esclarece otro misterio de los mayas

La reanudación de las técnicas agrícolas que empleaba este antiguo pueblo podría ayudar a la preservación de las pluviselvas del mundo... y al alivio del hambre en el Tercer Mundo los años venideros.

POR ALLAN CHEN

EN LA vasta y verde quietud de una selva tropical de Yucatán, dos hombres se abren paso a través de la maleza, en busca de un monumento de piedra erigido a la gloria de los mayas. La estructura que hallan no tiene nada de impresionante: es sólo una pared de roca gris, de 60 a 90 centímetros de altura, que circunda un área del tamaño aproximado del jardincito trasero de una casa. Sin embargo, para Arturo Gómez-Pompa, botánico y conservacionista de la Universidad de California en Riverside, Estados Unidos, este secular *pet kot* (expresión maya que significa "pared redonda de piedra") es parte de todo un sistema agrícola tan apasionante como los esplendores de Chichén Itzá.

La razón se aclara cuando, meses después, Gómez-Pompa y sus colegas inspeccionan la vida vegetal que hay dentro del *pet kot* y com-

prueban que contiene una inusitada variedad de especies valiosas para el hombre: el ramón, árbol cuyas semillas se pueden moler como sustituto del maíz; el chicozapote, el mamey, el zapote y árboles de frutos cítricos; plantas de cacao; árboles de caoba, de dura madera; y hierbas y arbustos que, sin ser naturales de la región, deben de haber sido plantados por los antiguos agricultores mayas.

Este *pet kot*, y muchos más similares, dispersos en la espesura de las selvas tropicales de la península de Yucatán, son prueba de que los mayas practicaban una silvicultura avanzada mucho antes de que los conquistadores llegaran a tierras mayas en 1517. Los *pet kotoob* (plural de *pet kot*) y otros indicios de sensatez ecológica están ayudando a los arqueólogos a resolver el enigma de cómo los mayas alimentaban a su vasta población.

tigaciones de Gómez-Pompa y otros sugieren lo contrario.

Para Gómez-Pompa, sin embargo, los *pet kotoob* son incluso más importantes para resolver los problemas ecológicos actuales. Las selvas tropicales cubren menos del 16 por ciento de la superficie continental de la Tierra, pero albergan a aproximadamente la mitad de todas las especies vegetales y animales. No obstante, un informe reciente del Instituto de Recursos Mundiales asegura que más de 108,000 kilómetros cuadrados de selvas tropicales están desapareciendo cada año. Si los modernos agricultores del Tercer Mundo pudieran aplicar los antiguos métodos agrícolas de los mayas; arguye Gómez-Pompa, la deforestación disminuiría.

Gómez-Pompa empezó a preocuparse del futuro de las selvas tropicales cuando estaba estudiando los recursos vegetales del estado mexicano de Veracruz, a principios de los años setentas. En Veracruz, como en otras regiones tropicales, los campesinos a menudo no tienen más opción que la de talar árboles para disponer de tierra cultivable. Pero tras pocos años de cultivo, el suelo se agota y los campesinos generalmente se trasladan a otra zona selvática.

En un artículo publicado en *Science* en 1972, Gómez-Pompa y otros dos coautores advirtieron que los bosques y selvas están en peligro de "extinción masiva de la mayoría de sus especies". Las repercusiones serían impactantes: hierbas de las

que podrían obtenerse nuevos medicamentos se extinguirían sin ser descubiertas, y lo mismo ocurriría con plantas resistentes a las plagas o a las enfermedades, que podrían utilizarse para producir cosechas más vigorosas.

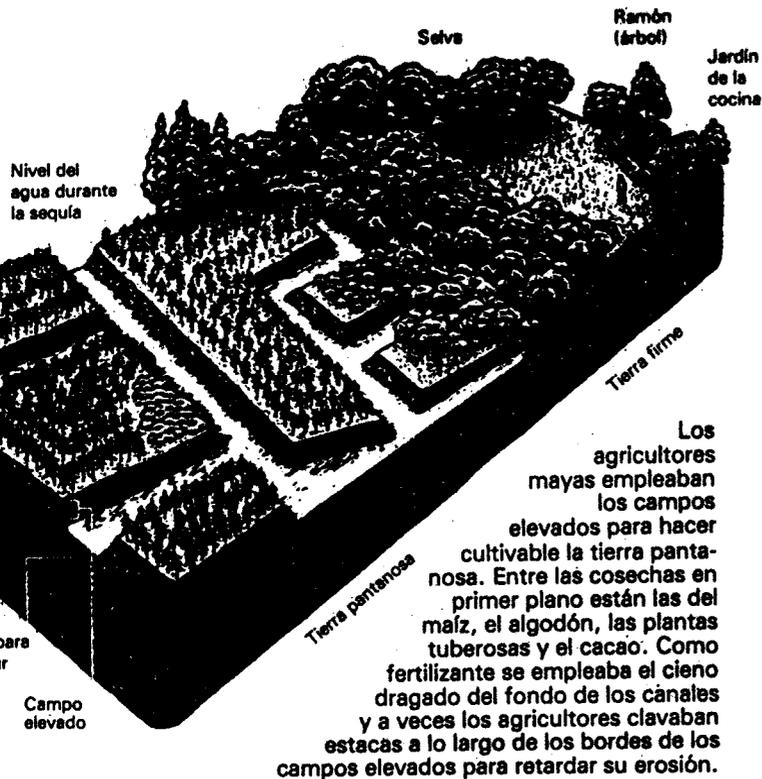
"Los mayas y muchas otras culturas florecieron en los trópicos", asevera Gómez-Pompa. "¿Cómo pudieron conservar la riqueza biológica que estamos destruyendo?"

La pregunta es especialmente enigmática, ya que desde hacía mucho tiempo se había creído que los mayas practicaban el sistema agrícola de tumba, roza y quema, con el cual el agricultor tala una sección del bosque o la selva y luego quema los árboles derribados para enriquecer con sus cenizas el suelo. Dos a cuatro años después, se agotan los recursos del suelo y el agricultor lo abandona.

Este método podría proporcionar una explicación de la decadencia de los mayas. El procedimiento empobrece un porcentaje cada vez mayor del terreno, lo cual provoca un colapso de la productividad que conduce a la escasez y el hambre, y a la muerte masiva de la población. Pero esta hipótesis no explica cómo se alimentaron los mayas durante su apogeo. El sistema de talar y quemar sólo puede sostener a unas 25 personas por kilómetro cuadrado, y la densidad de la población maya ya había alcanzado alrededor de 48 habitantes por kilómetro cuadrado hacia el año 600 d.C.

El misterio se resolvió parcial-

81



Los agricultores mayas empleaban los campos elevados para hacer cultivable la tierra pantanosa. Entre las cosechas en primer plano están las del maíz, el algodón, las plantas tuberosas y el cacao. Como fertilizante se empleaba el cieno dragado del fondo de los canales y a veces los agricultores clavaban estacas a lo largo de los bordes de los campos elevados para retardar su erosión.

La cultura maya floreció en terrenos que abarcaban desde las tierras bajas del sur de Yucatán, con sus secos matorrales y pantanos, hasta las pluviselvas de las regiones montañosas del sudeste de México, así como las de Guatemala y Belice. Ninguna de estas tierras es especialmente propicia para la agricultura: los pantanos tienen demasiada agua, las zonas áridas casi carecen de ella, y los suelos de las selvas tropicales son poco consistentes y deleznable. Sin embargo, la densidad de población de las tierras bajas variaba de 75 a 150 habi-

tantes por kilómetro cuadrado en el año 800 d.C., aproximadamente cuando la cultura maya estaba en su apogeo.

Los estudios de los *pet kotoob* también están obligando a los científicos a buscar nuevas explicaciones de la misteriosa catástrofe que asoló a los mayas. Desde principios del siglo IX hasta 1500, su densidad demográfica se desplomó a sólo 12 habitantes por kilómetro cuadrado. Los científicos solían atribuir este colapso a la hambruna que desencadenó el desequilibrio ecológico causado por su agricultura. Las inves-

ILUSTRACIÓN: DOUG SMITH/DISCOVER MAGAZINE © 1987

mente en 1972, cuando el geógrafo Alfred Siemens descubrió pruebas de que hubo campos elevados en la cuenca del río Candelaria, del estado de Campeche, en la península de Yucatán, una parte de la zona maya. Un campo elevado se forma amontonando tierra sobre la superficie natural del suelo destinado a la siembra, y es una manera de hacer labrantía la tierra pantanosa. Estos terrenos podían cultivarse todo el año, incluso durante la estación de sequía, porque el agua del pantano asciende a la tierra rica en nutrientes.

Tras el descubrimiento de Siemens, los científicos encontraron terrenos de este tipo en todo el territorio maya. Quizá el estudio más completo fue el realizado por el geógrafo Billie Lee Turner en el Pantano Pulltrouser, en el norte de Belice. Turner cree que las 300 hectáreas de campos elevados en ese pantano pudieron haber proporcionado alimento hasta para 5200 personas.

El descubrimiento de los campos elevados hizo que los arqueólogos ya no tuvieran que explicarse cómo una sociedad evolucionada, que había sido capaz de inventar una escritura, practicar la astronomía, crear un calendario y desarrollar una arquitectura monumental, no hubiera logrado superar el primitivo procedimiento agrícola de talar y quemar. Pero si los mayas de las tierras bajas pudieron adaptar ingeniosamente los pantanos para la agricultura, ¿cómo se alimentaron

los mayas de las tierras altas de las densas selvas tropicales?

En 1976, en colaboración con el Gobierno mexicano para crear métodos de cultivo en tierras deforestadas, Gómez-Pompa recurrió al consejo de un campesino de Xochimilco, población situada al sur de la Ciudad de México, donde los descendientes de los aztecas todavía siembran en campos elevados llamados *chinampas*. Con la ayuda de este hombre, unos agricultores de Tabasco construyeron una *chinampa* de aproximadamente 1300 metros cuadrados y lograron levantar unas 20 cosechas.

El éxito de este proyecto desembocó en otros intentos de cultivar las tierras bajas pantanosas en los estados de Tabasco y Veracruz. Estos proyectos demostraron que los métodos tradicionales podían tener éxito.

Un campo elevado de maíz, por ejemplo, puede producir anualmente de seis a siete toneladas por hectárea. "Esto es comparable a la mayor productividad lograda por la Revolución Verde", afirma Gómez-Pompa, al hablar del intento hecho para combinar granos de alto rendimiento, fertilizantes, herbicidas, pesticidas y métodos mecánicos de cosecha para mejorar la agricultura del Tercer Mundo. Por otra parte, los canales que quedaron entre los campos elevados se colonizaron con peces y tortugas, animales que constituyen fuentes de proteínas.

Gómez-Pompa pensó entonces en "las llamadas selvas vírgenes tropi-

cales" que había estudiado en Veracruz. Muchos sitios de la tierra maya montañosa estaban tachonados de ramones, árboles frutales que normalmente no abundan allí, lo mismo que otras especies de plantas que producen fruta, combustible o material para construcción. Gómez-Pompa se preguntó si los mayas tuvieron la suerte de habitar selvas tan ricas, o si ellos mismos las habían creado.

Se alió con Alfredo Barrera Marín, botánico mexicano de origen maya. Cuando ambos conversaron con los modernos descendientes de los mayas en Yucatán, descubrieron que estos conocían la sucesión secundaria (la secuencia de especies vegetales que aparece después de talar la selva tropical).

La cantidad de luz que llega al suelo es un factor crítico en la sucesión secundaria. El dosel arbóreo que cubre la selva tropical es tan denso, que sólo deja pasar ocasionales rayos de luz solar. Pero cuando se abre un claro, la luz se derrama en el suelo. "Así, germinan las semillas que han ido acumulándose en el suelo, y las plantas rápidamente cubren el terreno", explica Arturo Gómez-Pompa. "Gradualmente, los arbustos lo invaden, y después los árboles".

Cuando un agricultor maya de la actualidad tala la selva madura, selecciona cuidadosamente qué árboles va a talar y cuáles va a respetar. Derriba los árboles de rápido crecimiento, para transformarlos en leña, pero no toca a los que proporcionan

alimentos, medicinas, materiales de construcción u otros productos valiosos; el chicozapote, por ejemplo, produce chicle, que los mayas venden para exportación. En el espacio que dejan los árboles talados puede plantar maíz, calabaza y frijol, que ayudan a restaurar los nutrientes del suelo. Y cuando este se agota, lo deja para que pueda empezar la sucesión secundaria.

"Las culturas tradicionales encontraron formas de proteger las selvas tropicales", dice Gómez-Pompa. Los huastecos, por ejemplo, siguieron una técnica de silvicultura a la que llamaban *té lom*. Los indios cayapos de Brasil, los guaimés de Panamá y los cofanes de Colombia tienen en su habla extensos vocabularios ecológicos. Además, los antropólogos han encontrado pruebas del aprovechamiento racional de los bosques en Java y Sumatra, y en algunas zonas de China y del Sudeste de Asia.

Reunir y aplicar el conocimiento de estas culturas se está convirtiendo en algo cada vez más urgente, ya que la intención de crear grandes reservas de selvas tropicales vírgenes actualmente no parece ser realizable. "En los países tropicales", dice Gómez-Pompa, "si se aparta un millón de hectáreas selváticas para reserva, se está sustrayendo este terreno de la economía de las regiones más pobres en los países más pobres, donde la gente más pobre tiene que buscar cómo ganarse la vida". La clave para preservar las selvas tropicales, termina diciendo

Gómez-Pompa, es aprender a utilizarlas sin destruirlas.

Un paso importante es determinar cómo pueden integrarse las prácticas tradicionales con las modernas para lograr el máximo rendimiento. Por ejemplo: nadie sabe qué sucedería si se construyeran campos elevados a gran escala. En algunas zonas de tierra baja los pantanos constituyen la reserva acuífera. "Así, se está jugando peligrosamente con todo el sistema de aguas

freáticas siempre que se le toca", advierte Billie Lee Turner.

Sin embargo, Turner y otros concuerdan en que el trabajo de estos ecologistas ofrece nuevas ideas singularmente adaptadas a los ambientes en que deben servir. Si los científicos logran convencer a los políticos de que deben dar otra oportunidad a estas antiguas técnicas, las selvas tropicales deberán su salvación tanto al pasado como al presente o al futuro.

CONDENSADO DE "DISCOVER" (JUNIO DE 1987) © POR DISCOVER PUBLICATIONS, INC., DE NUEVA YORK, NUEVA YORK.



Un lugar para cada cosa...

MI MARIDO y yo nos llevábamos bien con nuestros vecinos; ellos nos prestaban infinidad de enseres domésticos, y nosotros hacíamos lo mismo. Sin embargo, a mi esposo se le pasaba la mano, y pedía más de lo que devolvía. En cierta ocasión, el vecino le dijo:

—¿Podrías guardar mi mesa de carpintería en tu garaje?

MI esposo le preguntó a su vez por qué, y esta fue la respuesta:

—Es que prefiero tener todas mis herramientas en el mismo lugar.

—L.J.P.

El lado bueno

MIS COMPAÑEROS de trabajo sabían que tenía problemas con mi nuevo perrito. Una mañana en que me preguntaron por el cachorro, les contesté:

—Les tengo dos noticias: una buena y una mala. La mala es que el perro destrozó mi zapato favorito; la buena es que ese zapato era el par del que destrozó la semana pasada.

—J.B.



—¿Es CIERTO que trabajas en una tienda donde venden discos que no están en perfecto estado? —pregunta una mujer a su amiga.

—Sí, es verdad. Vendo discos de segunda mano, segunda mano, segunda mano, segunda mano...

—José Manuel Tuna Carangueiro, en *Diário Popular* (Lisboa)

El pasamanos

A veces, padres e hijos se comunican su cariño de manera maravillosa e inesperada.

POR EDWARD ZIEGLER

EL PASAMANOS de la escalera se había aflojado porque yo me apoyaba cada vez más en él a causa de mi creciente cojera. Ignoraba cuál era el origen de los problemas que tenía para subir las escaleras y las aceras, o para vadear los arroyos donde pescaba truchas, hasta que supe el reciente descubrimiento del "síndrome de la recurrencia de la poliomielitis". Pero entonces, a mis 45 años, venía perdiendo la fuerza muscular de las piernas que, si bien debilitadas, habían sido mis estables compañeras desde que me recuperé de la poliomielitis que me atacó de niño, a los tres años.

Mi hijo Matthew, en pleno desarrollo, tenía toda la seguridad física que a mí me faltaba. Tenía 17 años, y era rubio y atlético. Era de manos muy hábiles, entusiasta jugador de *lacrosse* y pescador de tru-

chas. Se había convertido en un fascinante extraño para mí. Se parecía mucho a mí, y se expresaba muy correctamente cuando yo no estaba con él. Conmigo, sin embargo, afectaba la apariencia de un rudo atleta, receloso del bien decir.

En un tiempo le había interesado el estudio del latín. Pero luego descubrió que tendría que dominar los verbos deponentes: verbos pasivos en su forma, pero activos en sus funciones. Decidió que era la cosa más tonta que había oído y que ya no estudiaría esa lengua. Tuvimos algunas enconadas disputas al respecto. Y también otras, después, relacionadas más que nada con la reparación de la carrocería y las salpicaderas del auto. Pero aparte de aquellas acaloradas discusiones, nos llevábamos bien.

Día a día veía su desarrollo y contemplaba mi decadencia, y día a